

que estando tan lejos no perdían el nombre de criados, no esperasen amistad en tiempo alguno, que no podía emplearla tan vilmente ni quería saber el orden de su rey, que él sabía lo que había de hacer en su tierra y de la manera que los había de tratar; por tanto, que se fuesen lo más presto que pudiesen si no querían morir todos a sus manos.

Y, en un pasaje anterior, Garcilaso transcribe así otras declaraciones de aquel cacique:

Ya por otros castellanos, que años antes habían ido a aquella tierra, tenía larga noticia de quien ellos eran y sabía muy bien su vida y costumbres, que era tener por oficio andar vagabundos de tierra en tierra viviendo de robar y saquear y matar a los que no les habían hecho ofensa alguna; que, con gente tal, en ninguna manera quería amistad ni paz, sino guerra mortal y perpetua (II, cap. XVI).

Pero en trances en los que el Inca glosa el contenido de su propio texto, advertiremos hasta qué punto está consciente de las implicaciones de sus escritos y el alcance que para el lector pueden tener las amplificaciones retóricas que se asignan a un hablante imaginario.

Antes de que pase adelante —nos dice el Inca— en nuestra historia, será bien responder a una objeción que se nos podría poner, diciendo que en otras historias de las Indias Occidentales no se hallan cosas hechas ni dichas por los indios como aquí las escribimos, porque comúnmente son tenidos por gente simple, sin razón ni entendimiento, y que en paz y en guerra se han (*sic*) poco más que bestias, y que conforme a esto, no pudieron hacer ni decir cosas dignas de memoria y encarecimiento, como algunas que hasta aquí parece que se han dicho, y adelante con el favor del Cielo diremos; y que lo hacemos o por presumir de componer o *por loar nuestra nación*, que, aunque las regiones y tierras estén tan distantes, parece que todas son Indias (II, I, cap. XXVII).

Un efecto similar, aunque retóricamente más complejo, tienen las instancias en que aparece la fabulación intercalada en el discurso de la historia ⁴¹; fabulaciones que como los discursos imaginarios exaltan al indio como ser capaz de razonamientos que manifiestan su predilección por una conducta honorable y por actos de generosa compasión; son valores de esa índole los que se transparentan en la narración titulada «De los tormentos que un cacique daba a un español». Unos pasajes brevísimos serían suficientes para comprobarlo.

Cuando quisieron sacar el cuarto [de aquellos prisioneros] que era mozo que apenas llegaba a los dieciocho años, natural de Sevilla, llamado Juan Ortiz, salió la mujer del cacique, y en su compañía sacó tres hijas suyas mozas, y, puestas delante del marido, le dijo que le suplicaba se contentase con los tres castellanos muertos y que perdonase aquel mozo, que ni él ni sus compañeros habían tenido culpa de la maldad que los pasados habían hecho... y pedía misericordia, que bastaba quedase por esclavo y que no lo matasen tan cruelmente, sin haber delito (II, I, cap. XI).

No estaría demás insistir en que muchas de esas cualidades admirables que resumen los textos citados en páginas anteriores, se reflejan positivamente sobre un relator que ya en el Proemio de *La Florida* se describía enfáticamente como «hijo de un español y de una india» y que dota a su persona de un vasto contenido simbólico

⁴¹ Ver mi *Historia, creación y profecía*, págs. 164-199.

—en términos culturales: visión ésa de sí mismo que adquiere una importancia excepcional en sus textos al convertir a Garcilaso en una entidad referencial primaria. Esa dilatada contemplación de su persona se hace evidente, una vez más, en el importante Proemio de *La Florida*.

Y llevando más adelante esta piadosa consideración, sería noble artificio y generosa industria favorecer en mí, aunque yo no lo merezca, a todos los indios, mestizos y criollos del Perú, para que, viendo ellos el favor y merced que los discretos sabios hacían a su principiante, se animasen a pasar adelante en cosas semejantes, sacadas de sus no cultivados ingenios.

Al examinar el texto citado, desde la perspectiva que he sugerido, advertimos, en primer término, que en su declaración Garcilaso llega a contemplarse como ente representativo de toda una colectividad indígena y criolla; es decir, como símbolo de todo un nuevo contexto cultural e histórico que él ya discernía, de algún modo, como fundamento genuino de la realidad social americana⁴². La suya pretende ser, pues, otra voz emisora y acaso responsable a la vez de un *corpus* textual en gestación que había permanecido en la memoria de sus antepasados americanos. En esa gestión idealizada, pero culturalmente significativa, la labor de Garcilaso no será intrínsecamente diferente de la de otros importantes cronistas indígenas. Sólo que en el caso del Inca nos enfrentamos a un escritor cultivado en extremo y en fina sintonía con los aspectos más exquisitos de la cultura renacentista⁴³. La voz y autoridad que se asigna Garcilaso emana, simultáneamente de sus conocimientos privilegiados del quechua, de su condición mestiza y oblicuamente del repertorio conceptual y expresivo que nos transmiten sus obras. Pero es una autoridad que se consagra no sólo para establecer las bases de una escritura propia, sino, además, para socavar en su base el discurso instituido por europeos que desfiguraba —según él, en un orden interpretativo— lo americano al concebirlo en función de imágenes y creencias derivadas del Viejo Mundo. Es a esas insuficiencias, entre otras, a las que se refiere al decirnos con falsa humildad en sus *Comentarios reales*:

Sólo serviré de comento para declarar y ampliar muchas cosas que ellos (los historiadores españoles) *asomaron a decir* y las dejaron imperfectas por haberles faltado relación entera. Otras muchas se añadirán que faltan de sus historias y pasaron en hecho de verdad y algunas se quitarán que sobran *por falsa* relación que tuvieron por no saberla pedir en español con distinción de tiempos y edades... o por no *entender al indio que se las daba* (I, I, cap. XIX).

⁴² Prueba de su interés en ese sentido es su intento por definir la naturaleza del hombre americano. Afanes de esa índole le llevan, por ejemplo, a catalogar formas del mestizaje que figuran entre los primeros esfuerzos de su tipo que ofrece la historiografía de Indias (I, II, cap. XIII).

⁴³ El sistema referencial de sus escritos repetidamente pone en evidencia el registro de sus lecturas. Pero Garcilaso pondrá en juego —con obvio sesgo neoplatónico— todo su trasunto cultural al formular conceptualizaciones históricas que equiparan el contenido de la cultura incaica con la del mundo occidental. Ver: (I, I, cap. XVIII) y (I, VI, cap. II).

Claro que esas refutaciones de Garcilaso —más tajantes ciertamente en los *Comentarios*— son un arma de doble filo, ya que en numerosas ocasiones Garcilaso tendrá que recurrir metodológicamente, e inclusive en aras de información, a buena parte de los escritos que más de una vez rechaza en términos vehementes ⁴⁴. En ese sentido, como en otros, Garcilaso no sólo participa de la retórica del desagravio, sino que instaura una gestión crítica en la que el enunciado, mediante variantes reiteradas de la glosa, va poniendo en tela de juicio su propia validez.

Consciente de esa dimensión excepcional presente en las narraciones del Inca, Julio Ortega ha señalado en un análisis certero que «los *Comentarios* del Inca se generan en el interior de un discurso estatuido —el de la política como norma ordenatriz, de raíz neoplatónica— para construir desde él la imagen confluyente de una moderna respuesta americana». Y para matizar esa apreciación añade: «Pero no solamente porque varias fuentes convergen en la escritura [de Garcilaso], sino porque ésta cristaliza el presente del acto deliberativo de escribir—, ya que los *Comentarios* actualizan su ocurrencia, son un acontecimiento de la escritura» ⁴⁵. Es evidente que la magnitud del proyecto cultural que impele a la escritura del Inca es considerable; y el advertirlo no es necesario exagerar la modernidad de sus propósitos. Ante los textos del Inca observaremos que su empeño trasciende, en varios órdenes, los objetivos que en general se situó la historiografía indiana. Lo que se insinúa, más de una vez, en las narraciones del Inca es una variedad de propósitos que duplican —en nuestra opinión— las imágenes del texto y que establecen, de hecho, una compleja referencialidad interna en su escritura. Es más, puede decirse que a partir de *La Florida*, las narraciones de Garcilaso pretenden dotar de una corporeidad escritural a la tradición oral del hombre americano y en particular a la del incario. Pero, además, su obra intenta reescribir —como ya vimos— el discurso letrado que producían cronistas y contadores oficiales. En su proyección más básica esa labor implica, a mi entender, la fruición primaria de un texto más auténtico en tanto que es capaz de designar sin el lastre de aberraciones nominales y transposiciones que iban quedando instituidas por las relaciones oficiales. Evaluada desde ese ángulo la escritura del Inca se presenta como un discurso que asume el presente de la actividad escritural en función de un futuro; escritura incómoda para muchos entonces —aunque no en todos sus sectores ⁴⁶— porque reivindica, entre otras cosas, una sensibilidad americana diferenciada por el acto de percepción. Además, en otros órdenes, en el literario, por ejemplo, la observación intensa, a menudo transforma la realidad objetiva, permitiéndonos intuir la globalmente con otro significado; proceso a través del cual la supuesta

⁴⁴ Uno de sus pasajes más sugestivos, en la primera parte de los *Comentarios*, alude a ese diálogo conflictivo que el Inca mantuvo con los historiadores españoles que escribieron sobre la historia del imperio incaico, la conquista y las guerras civiles del Perú. Véase: (I, I, cap. XIX).

⁴⁵ «El Inca Garcilaso y el discurso de la cultura», *Prisma I* (1977), págs. 5-7.

⁴⁶ Ciertamente, la postura de Garcilaso es tradicional y hasta conservadora en lo que se refiere a la teología histórica y formulaciones políticas del imperio. Eso no le impedirá, sin embargo, desarrollar una perspectiva crítica que a la postre le lleva a ver el proceso de la conquista como un escenario trágico (ii, VIII, cap. XIX).